

REFLEXIONES TRAS DE UNA RELECTURA DE «LA CELESTINA»

JOSÉ CARLOS GÓMEZ-MENOR FUENTES

Numerario

1. Rotulé mi intervención en este acto de homenaje a Fernando de Rojas «*Reflexiones tras de una lectura reciente de La Celestina*» porque me propuse suscitar lo que pudiera llamarse un experimento vivo como lector de una obra de estas características. Yo leí íntegramente la obra de Rojas hace, más o menos, cincuenta años, cuando era estudiante en la Universidad Complutense de Madrid. Después lo leí, al menos parcialmente, un par de veces más. Pero en esta ocasión -lo confieso- no he sido capaz de leerla entera. Y por ello mi reflexión primera ha sido experimentar la inmensa dificultad que entraña la lectura de una obra escrita cinco siglos atrás. *La Celestina* tiene páginas admirables, frases felices, párrafos interesantes como, por ejemplo, aquel que compendia los saberes médicos de la vieja alcahueta, que tan bien glosó nuestro querido compañero de Academia el Dr. Martín Aragón, pero otras páginas ponen a prueba la paciencia de cualquier lector que no sea especialista en el castellano de aquella época, aún medieval. Es la consecuencia de los cambios profundos que el paso del tiempo produce en este fenómeno humano del idioma, algo vivo y cambiante, como lo es la historia en todas sus manifestaciones.

2. Por supuesto que esta dificultad no resta méritos a Rojas y a su obra. Me adhiero, desde luego, al juicio literario de Menéndez y Pelayo, que dice: «Rojas es el mayor escritor de su siglo y *La Celestina* tiene algo de grandioso y aislado». El siglo de Rojas es el siglo XV, en que se había formado y en él le habían precedido escri-

tores tan notables como Hernán Pérez de Guzmán, Señor de Batres, autor de estupendas *Semblanzas*; Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, que con el *Corbacho* realizó con instinto genial una verdadera evolución lingüística hacia la sencillez y la captación de lo más vivo y espontáneo del habla popular; y Juan del Enzina, con su teatro primitivo. Rojas supera a Diego de San Pedro y su *Cárcel de Amor*, y a otras novelas tan populares como el *Amadís*, primera joya de los libros de caballerías.

No cabe duda, *La Celestina* es obra cumbre de su tiempo, hasta que aparece el *Lazarillo de Tormes*, a mediados del siglo XVI, muerto ya Rojas.

Los pequeños defectos literarios de *La Celestina* «nacidos -dice Menéndez y Pelayo- no de incuria, sino de inexperiencia», son leves y perdonables. Rojas se esfuerza por buscar la suma perfección literaria; sus personajes «hablan cada cual según su carácter, con la expresión exacta, precisa, impecable». Ello explica que, sólo en el siglo XVI, tuviese *La Celestina*, como mínimo, 72 ediciones en castellano.

El máximo acierto de Fernando de Rojas está en haber sabido expresar con genial intensidad su sentimiento trágico de la vida, resuelto dramáticamente en su obra por la ausencia de un final feliz, de una salvación providencial de los protagonistas.

4. De la lectura de la obra se desprende y se sigue que su autor, el pueblano Fernando de Rojas, fue un escritor de talento, buen conocedor de los entresijos de la vida social. Por cuanto ha podido saberse de su persona, podemos deducir que Rojas fue un hombre de carácter, tenaz y prudente, sincero cristiano y hábil hombre de leyes. Supo moverse con habilidad y prudencia entre la *élite* gover-

nante en Talavera de la Reina, donde vivió muchos años hasta su muerte. Talavera era entonces una villa vinculada al señorío de los arzobispos de Toledo, gobernada por un grupo de regidores que en su mayoría formaban la nobleza de la ciudad y donde sobresalía el linaje de los Loaysas, unido a una rama de los nobilísimos Girones.

La Celestina es fruto maduro de la sociedad de su tiempo, la de aquellos años manchados por las acciones y crueldades de la guerra de Granada, llena de violentos contrastes. Las guerras suelen causar un descenso de la moralidad, y la de Granada no fue una excepción. Pero tampoco estaban lejos los conflictos -verdadera guerra civil- del reinado de Enrique IV y después vino la guerra con Portugal por causa de doña Juana la Beltraneja. Ciertamente abundaban los caballeros de vida desgarrada y vana.

3. Apasionadamente es, desde luego, el estudio histórico de la época en que surge *La Celestina*. Esta obra es un espejo fiel de la situación moral de su tiempo, especialmente en la esfera de la vida sexual. Malas costumbres propias de la época están perfectamente reflejadas en la obra de Rojas. La casa de Celestina es un verdadero burdel de lenocinio. Sabido es que la prostitución crece en las épocas de gran riqueza -o al menos, de enriquecimiento de algunas clases sociales- y esto ocurrió a mediados y a finales del siglo XV. El «prestigio» de las mancebas es un hecho por aquellos años, hasta el punto de que, siendo príncipe heredero, el futuro Enrique IV frecuentaba la mancebía de Segovia, cuando residía en esta ciudad.

Algo semejante -y sirva de comparación ilustrativa- ocurrirá en el fin del siglo XIX, otro momento de riqueza de la *burguesía* de las grandes ciudades, en plena revolución industrial. Por ser un hecho más reciente, esta época de esplendor de los prostíbulos de las grandes ciudades de Europa, hace un siglo, más o menos, tiene su refle-

jo exacto y más conocido en la novelística de su tiempo, sobre todo francesa, y rotos ya los viejos tabúes, también en la pintura, desde Joulousse-Lantrec a Pablo Ruiz Picasso, desde Amadeo Modigliani a los expresionistas alemanes. Notemos de paso que la obra más influyente en el arte del siglo XX ha resultado ser *Las señoritas de Aviñon*, de Picasso, escena prostibularia que tiene su origen cierto en la barcelonesa calle de Avignó, y es principio patente del cubismo.

5. Admira, hasta cierto punto en la persona de Fernando de Rojas su precocidad como escritor. Se trata de una constante de los escritores de la época. La razón hay que buscarla en la vida de los jóvenes universitarios, que comenzaban los estudios básicos de humanidades y lenguas clásicas niños aún, hacia los diez años. Por eso conocían el latín perfectamente, tan bien como la lengua materna, y a veces mejor que los autores recientes en la lengua romance.

Movidos por el ambiente humanista que propiciaban los Reyes, los nobles y el alto clero, todas las familias burguesas los invitaban y ponían a sus hijos a estudiar muy jóvenes; luego los enviaban a la universidad salmantina o a la de París. Al terminar sus estudios -muchas veces antes de concluirlos- los estudiantes más capaces publicaban algún escrito, en prosa o en verso, para utilidad de la gente y satisfacción de sus familias y prueba de sus méritos, como un precedente de las actuales memorias de licenciatura o de fin de carrera. Esto ocurrió en el caso de Rojas con su *Celestina*, pero es uno más entre otros muchos. Así el caso del doctor Villalobos, luego afamado médico de casos nobles y por algún tiempo del Emperador; siendo muy joven escribió un largo epítome en verso de los estudios de medicina, aún antes de haberlos concluido. El hijo del Secretario Real de la Reina doña Isabel Fernán Alvarez de Toledo -aquél niño que jugaba con el príncipe don Juan a ser que-

mado en la hoguera de la Inquisición y fue su compañero de estudios-, terminó a los quince años una traducción castellana del *De bello gallico* de Julio César, y se imprimió entonces, costeadado por él mismo, que ya contaba con ingresos beneficios de la Orden de Alcántara. La precocidad al escribir era condición normal en los poetas de entonces -y ahora-. Y así fueron autores precoces Garcilaso, Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. Todo ello dice mucho y bien del nivel alcanzado por los estudios generales y por la universidad, en la España de los Reyes Católicos y a lo largo de todo el Siglo de Oro.

6. Las circunstancias no son iguales en cada época, y las que concurren en cada escritor, tampoco. Si en pleno Medievo el escritor es casi siempre un clérigo o un monje, en los siglos del inicial renacimiento se amplía a los nobles y a otros estamentos. El escritor lleva, por así decir, una doble vida, haciendo compatibles sus aficiones literarias y sus obligaciones bélicas o profesionales. Así fueron guerreros distinguidos don Gómez Manrique, Garcilaso, Aldana, Ercilla y otros muchos. Cervantes, además de soldado, fue colector de alcabalas y hubo de realizar tareas de aprovisionamiento de los ejércitos de Felipe II. Así también Mateo Alemán trabajó al servicio de la contaduría regia.

Fernando de Rojas escribió a muy temprana edad *La Celestina*, pero fue toda su vida abogado y jurisconsulto, y al final de su vida, en su madurez, fue alcalde mayor en Talavera, cargo municipal equivalente a un juez de segunda instancia de hoy.

7. Volvamos de nuevo al juicio crítico de Menéndez Pelayo: «Rojas es el mayor escritor de su siglo, y *La Celestina* tiene algo de grandioso y aislado». Quedémonos con esta idea, y demos de lado la dificultad de su lectura, efecto natural del paso inexorable

del tiempo. No en vano han transcurrido nuevas generaciones, que han cambiado los gustos y hasta el mismo léxico, oscureciendo su comprensión; y eso sin tener en cuenta nuestras propias inquietudes presentes, que nos absorben, ni el peso de los trabajos y los días que vivimos y nos empujan a todos a una vida febril y en constante renovación, y que nos relegan a un final cierto e ineludible del brazo de la muerte.